



## XXVIII

### Ultimos tristes recuerdos

MAMÁ ya no existía; pero nuestra vida deslizábase de igual manera; nos acostábamos y nos levantábamos á las mismas horas y en la misma cámara de antes; el té de la mañana y el de la tarde, la comida y la cena, todo iba siguiendo su curso normal y fijo; las mesas, las sillas y todos los demás muebles ocupaban su sitio de siempre, nada había cambiado en la casa ni en el curso de nuestra existencia: *Ella* faltaba únicamente...

A mí me parecía que después de una desdicha tan grande todo había de cambiar. El curso habitual de nuestra vida parecíame como un ultraje hecho á su memoria, tan vivamente me recordaba todo su ausencia.

La víspera del entierro, después de comer, me entraron unas grandes ganas de dormir y me fuí al cuarto de Natalia Savichna, con la idea de ponerme á dormir en su mismo lecho, sobre el suavísimo colchón de plumas; pero en el momento de entrar ví á Natalia Savichna tendida en la cama, inmóvil, durmiendo sin duda. Al ruido de mis pasos, se incorporó, echó á un lado el chal de lana con que se había cubierto el rostro para guardarlo de las moscas, se arregló un poco la cofia y se quedó sentada en la propia cama.

Como no era ciertamente la primera vez que se me había ocurrido echarme á dormir en su lecho después de comer, adiviné

enseguida la buena vieja el motivo de mi visita y me dijo, mientras saltaba de la cama:

—Habéis venido, sin duda, para descansar aquí un rato, mi querida palomita... Libre os dejo el sitio.

—Qué os pasa, Natalia Savichna?—dije yo cogiéndole una mano.—La verdad es que no he venido para eso... He venido... Pero, mejor será que os acostéis, pues vos sí que estaréis verdaderamente fatigada.

—Oh, no, padrecito mío! Yo he descansado ya bastante...—hizo la buena vieja, á pesar de que no había dormido un solo momento durante los últimos días, como me constaba á mi bien.—Además, no es tiempo hoy de dormir...—añadió con un profundo suspiro.

Me entraron ganas de hablar de nuestra gran desdicha con la buena vieja, pues conocía su gran sinceridad y su verdadera afeción por todos nosotros, por lo cual parecióme que llorar con ella sería para mí de un gran consuelo.

—Natalia Savichna—hice yo después de un corto silencio y sentándome de un brinco en la cama,—esperabais vos una desgracia semejante?

La anciana me miró con ansiedad y con extrañeza á la vez, sin comprender quizás el motivo de mi pregunta, y yo mismo añadí:

—Nadie lo podía esperar!

—Ah! padrecito mío—exclamó entonces la vieja mirándome con gran ternura,—no solamente esperarla, sino que ni puedo ahora pensar en ella. Muy vieja soy ya, hace tiempo que mis carcomidos huesos piden el reposo, y sin embargo, he aquí hasta donde he debido llegar: yo enterré á mi amo, vuestro abuelo, de eterna memoria, el príncipe Nikolai Mikhailovitch; después enterré á sus dos hermanos, á su hermana Annuchka, y todos eran más jóvenes que yo. Y ahora, por mis grandes pecados, he de sobrevivir también á vuestra madre. Esta es su santa voluntad! La ha llamado á sí porque era de ello bien digna, pues no quiere consigo sino á los buenos.

Esta sencilla idea dióme algún consuelo y me acerqué un poquito más á Natalia Savichna. Había cruzado los brazos sobre el pecho y dirigía á lo alto sus miradas. Sus ojos hundidos y húmedos expresaban una profunda, pero muy sosegada tristeza. Ella esperaba firmemente que Dios no la tendría separada mucho tiempo de aquella en quien, durante tan largos años, se habían concentrado todas las fuerzas de su amor.

—Oh! sí, padrecito mío, yo me digo á mí misma que hace ya

mucho tiempo que la vestía y desnudaba y que con su media lengua me llamaba *Nacha*... Cuánto le gustaba entonces correr hacia mí, estrecharme con sus pequeños brazos y besarme mientras balbuceaba: «Mi *Nacha*, mi gallinita!» Y yo le contestaba riendo: «Esto no es verdad, madrecita, vos no me amáis, y enseguida que os habréis hecho grande os casaréis y olvidaréis á vuestra *Nacha*». Ella entonces se ponía á reflexionar seriamente, y me decía: «No, yo no querré de manera ninguna casarme si no me dejan llevar conmigo á mi *Nacha*». Y he aquí que ahora es ella quien me deja, ella la que no ha querido aguardarme... Oh! cuánto me amaba! Y á quién no amó en este mundo! Creedme, padrecito mío, no olvidéis



nunca á vuestra mamá, pues no era una mujer, era un ángel del cielo. Cuando haya entrado su alma en el reino de Dios, os amará todavía y allí se alegrará también su alma si sois bueno.

—Natalia Savichna, por qué, pues, decís: cuando haya entrado su alma en el reino de Dios?—pregunté.—Yo creo que está ya en él.

—No, oh! no—contestó Natalia Savichna, bajando la voz é incorporándose un poco más en la cama,—ahora, su alma está aquí.

Y al decir esto señaló hacia arriba. Hablaba tan bajito que apenas se le oía la voz y con acento de una tan profunda convic-

ción que involuntariamente levanté los ojos y los fijé en las cornisas del techo, como si buscase algo allá arriba.

—Antes que el alma del justo entre en el Paraíso, ha de sufrir cuarenta pruebas, padrecito mío, y durante cuarenta días puede permanecer en la casa.

Durante largo tiempo todavía siguió hablando en este tono, como si contase las cosas más ordinarias de la vida, que hubiese visto por sí misma y á propósito de las cuales á nadie se le pudiese ocurrir la más pequeña duda.

Yo la escuchaba, casi reteniendo la respiración, y aunque no comprendía bien todo lo que me iba diciendo, puse en ello la más inquebrantable fe.

—Créeme, ahora está aquí su alma, y nos mira y escucha tal vez lo que decimos,—exclamó al final Natalia Savichna.

Y bajando entonces la cabeza se calló. Después se levantó para ir á buscar un pañuelo con que secar sus lágrimas, me miró fijamente un buen espacio, y acabó por decir con voz en que temblaba la emoción:

—Con este golpe de ahora, el Señor me ha acercado hacia él no pocos pasos. Qué me queda que hacer en este mundo? Por quién vivir, á quién amar?

—Y á nosotros, es que no nos amáis, acaso?—exclamé yo en tono de reproche y conteniendo apenas mis lágrimas.

—Dios únicamente sabe cuánto os amo, mis dulces palomitas; pero es que á nadie puedo amar como á ella la he amado.

No pudo decir una palabra más, y volviéndome la espalda, estalló en grandes sollozos.

Yo ya no pensé en dormir; sentados en la cama, uno al lado del otro, y sin decir palabra, lloramos copiosamente.

Foka entró en la estancia, y al vernos á los dos llorando, no queriendo indudablemente estorbarnos, se detuvo en la misma puerta y permaneció allí como temeroso y en silencio.

—Qué querías, Foka?—preguntó Natalia Savichna enjugándose los ojos con el pañuelo.

—Pues... me falta un litro y medio de vino bueno, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para el *kutia* (1).

—Enseguida, enseguida, padrecito—dijo Natalia Savichna aspirando á toda prisa un polvo de tabaco, y con ligereza extraordinaria dirigióse hacia el gran cofre. Todo el dolor reavivado por nuestra conversación, desapareció en ella casi súbitamente apenas

(1) Plato ruso que se sirve después de los entierros.

se ocupó la buena mujer de lo que era propio de su servicio, que creía en todos los momentos cosa importantísima.

—Y por qué cuatro libras?—hizo la buena vieja murmurando mientras ponía el azúcar en el platillo de la balanza,—con tres libras y media habrá bastante—y fué quitando del platillo algunos terrones.—Qué significa esto? Ayer mismo pidiéronme ocho libras de arroz y ahora me piden otra vez. Todo lo que tú quieras, Foka Demiditch, pero yo no te daré más arroz. Ese Vanka no está contento sino cuando piensa que en esta casa anda todo al revés, creyendo que de este modo no se pondrá atención en sus cosas. Pero yo no he de consentir que se derroche y se malgaste de este modo... Habráse visto? ocho libras!

—Qué le haremos? Dice que está ya todo comido.

—Perfectamente! Entonces, mira, que lo tome todo...

Me chocó entonces extraordinariamente que se pudiese con tanta frialdad pasar del profundo sentimiento de que me había dado tan patente testimonio á mí, á esas bajas murmuraciones y mezquindades. Más tarde, reflexionando en ello, he comprendido que lo que pasaba en su alma, por doloroso que fuese, le dejaba todavía suficiente presencia de espíritu para ocuparse de lo referente á su servicio y que la fuerza de la costumbre la arrastraba á sus ocupaciones habituales. Tan de veras había hecho honda presa en su alma el dolor, que no le parecía necesario hacer de él manifestación expresa ni dejarse de ocupar de cosas indiferentes, ni siquiera hubiera comprendido como los demás podían extrañarlo.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con el verdadero dolor, y además está ese sentimiento tan fuertemente arraigado en la naturaleza del hombre que pocas veces logramos que un dolor, por muy fuerte que sea, lo arroje fuera. La vanidad del dolor se expresa por el deseo de parecer triste, ó desdichado, ó animoso, y este mezquino sentimiento que no confesamos nunca, pero que no nos abandona jamás, ni aún en medio del más acerbo pesar, le quita fuerza, dignidad y sinceridad. Pero Natalia Savichna estaba tan profundamente afectada por la desdicha, que en su alma no quedaba sitio ni lugar para un solo deseo, y si vivía era únicamente por la costumbre de vivir.

Después de dar á Foka las provisiones que pedía y después de recordarle que era preciso preparar un buen pastel para la mesa del sacerdote, le dejó plantado, tomó su labor y de nuevo se sentó á mi lado.

La conversación volvió á recaer sobre el tema primitivo, de nuevo lloramos juntos y de nuevo enjugamos juntamente nuestras

lágrimas. Estas conversaciones con Natalia Savichna renováronse todos los días; sus lágrimas tranquilas y sus palabras sosegadamente piadosas me hacían mucho bien y me consolaban.

Pero pronto nos separaron; tres días después del entierro partimos todos para Moscova, y no debía volverla á ver jamás.

Mi abuela no supo la terrible noticia sino con nuestra llegada y su dolor fué de veras inmenso. No pudieron dejarnos en su casa, pues durante una semana entera estuvo casi sin conciencia y el médico llegó á temer por su vida, con tanto mayor motivo, pues ni tomaba alimento, ni quería medicinas de ninguna clase, ni hablaba con nadie, ni dormía. A veces hallándose sola en su cuarto y sentada en su sillón de siempre, estallaba de pronto en una gran risa y enseguida sollozaba intensamente sin derramar una sola lágrima, y sufría finalmente grandes convulsiones y lanzaba gritos tremendos ó pronunciaba palabras insensatas y espantosas. Sentía como una necesidad de imputar á alguien su gran desdicha y pronunciaba á veces palabras terribles, amenazadoras; otras veces, levantábase del sillón con increíble energía, daba rápidamente algunos pasos por la estancia y caía luego en fuerte síncope.

Un día entré yo en su cuarto; hallábase como de ordinario sentada en su sillón y parecía tranquila, pero su mirada me chocó sobre manera. Tenía los ojos totalmente abiertos, pero su mirada era vaga, estúpida. Me miró un momento, indudablemente sin darse cuenta de que me veía. Sus labios empezaron por sonreír dulcemente y enseguida habló con voz llena de una grande ternura: «Ven á mí, amigo mío, acércate, ángel mío!»—Creí que me hablaba á mí y me acerqué, pero sin mirarme continuó diciendo: «Ah! si tú supieses, alma mía, cuánto he sufrido y cuán feliz soy al verte aquí!»

Comprendí entonces que se imaginaba ver á mamá, y me detuve. «Y me decían que habías muerto—continuó frunciendo las cejas—qué tontería! Morir tú antes que yo?» Y rompió á reír con risa nerviosa, que daba miedo.

Solamente las personas capaces de amar con mucha fuerza pueden sentir un dolor también con mucha fuerza, pero esta misma necesidad de amar sirve de contrapeso al dolor y lo cura. He aquí



porque la naturaleza moral del hombre es todavía más vivaz que su naturaleza física: el dolor no le matará nunca.

Una semana después, nuestra abuela pudo romper á llorar y fué sosegándose poco á poco y mejorando en su salud. Su primer pensamiento, en cuanto recobró su plena conciencia, fué para nosotros y su amor hacia nosotros creció todavía. Desde aquel punto no la abandonamos ya, estábamos siempre con ella; lloraba á veces pero sosegadamente, nos hablaba de mamá y nos acariciaba con gran ternura.

Al ver el dolor de mi abuela, nadie podía pensar que lo exajeraba, pues la expresión de su pesar conmovía al más indiferente; pero, no sé porque me fué siempre más simpático el expresado por Natalia Savichna, y hoy mismo estoy plenamente convencido de que nadie la amó como ella tan pura y tan francamente y que nadie tampoco añoró de un modo tan hondo á mamá como esa criatura sencilla y afectuosa.

Con la muerte de mamá termina el feliz periodo de mi infancia, y comienza para mí una naeva vida: la de la adolescencia. Pero como mis recuerdos acerca de Natalia Savichna, á la que ya no ví más y que tan fuerte y tan dichosa influencia tuvo sobre la dirección y el desarrollo de mi sensibilidad, pertenecen á esta primera época, quiero decir todavía algunas palabras sobre ella y sobre su muerte.

Después que dejamos nosotros la casa, según me contaron más tarde los criados que quedaron en ella, la buena anciana se aburrió extraordinariamente, pues no tenía nada que hacer, aunque continuó en sus manos la administración de la casa y no cesaba de registrar y de ordenar cofres y armarios, pesándolo y contándolo todo; pero hallaba á faltar el ruido y el movimiento propios de una casa señorial y sobre todo á sus amos, á los cuales estaba acostumbrada á servir desde la infancia. La pena, el cambio de vida y la ausencia de ruido y de movimiento entorno suyo, desarrollaron bien pronto la enfermedad senil á que se hallaba ya predispuesta. Un año justo después de la muerte de mamá, se le acentuó la enfermedad y empezó á guardar cama.

Yo me imagino cuán doloroso debió ser eso para Natalia Savichna, y sobre todo lo de morir sola, en la gran casa desierta de Petrovskoie, sin parientes y sin amigos. Todo el mundo en la casa amaba y respetaba á Natalia Savichna, pero no había intimado nunca con ninguno y de ello estaba orgullosa.

Quizás pensando que en la posición que ocupaba y gozando de la confianza de sus amos, con tantos y tan importantes intereses á

su cargo, la amistad con alguno podía conducirla á la parcialidad y á una indulgencia culpable; ó quizás también porque no tenía afinidad ninguna con los otros domésticos, es lo cierto que se mantenía apartada de todos y decía siempre que en la casa no tenía compadres ni amigos y que á nadie permitiría el derroche de los intereses de los amos.

Al confiar á Dios, con fervoroso ruego, todos sus sentimientos, hallaba siempre el buscado consuelo. Pero á veces, en los momentos de debilidad á que estamos todos sugetos, cuando el mejor consuelo se halla en la simpatía ó en las lágrimas de una criatura viviente, ponía sobre la cama á su perrito, que le lamía las manos fijando en ella sus amarillos ojos, le hablaba lo mismo que á una persona y lloraba acariciándole suavemente.

Cuando el perrito se ponía á gemir con demasiada tristura, ella se esforzaba en tranquilizarle diciéndole: «Basta, basta... no es menester que me digas tú que he de morirme pronto!»

Un mes antes de su muerte, sacó de su gran cofre un trozo de cretona y muselina blancas y unas cintas rosa, y haciéndose ayudar por una criada se hizo un traje blanco y una cofia y preparó, hasta en sus menores detalles, todo lo necesario para la celebración de sus funerales. Después se ocupó de todo lo referente á los amos, puso en orden ropas y muebles y haciendo de todo junto un detallado inventario lo entregó á la criada más antigua. Después, sacó de los armarios dos vestidos de seda y un magnífico chal que le había regalado mi abuela, el uniforme de mi abuelo, todo bordado de oro, y que era propiedad suya, habiendo conservado como nuevos sus galones y sus bordados y librado también al paño de la devastadora polilla. Antes de morir expresó el deseo de que uno de estos dos vestidos, el rosa, le fuese dado á Volodia para que se hiciese con él una bata, y el otro vestido debía serme entregado para idéntico uso; el chal lo dejaba á Lubotchka.

El uniforme de nuestro abuelo lo dejaba á aquel de nosotros dos que primero fuese oficial. Todo lo demás que poseía y todo el di-



nero, menos cuarenta rublos destinados á los gastos de su entierro y á las misas, lo heredaba su hermano.

Su hermano, liberto desde hacía mucho tiempo, vivía en una provincia muy lejana y hacía la más depravada existencia, por lo que no tenía su hermana relación de ninguna clase con él.

Cuando el hermano de Natalia Savichna se presentó para recibir la herencia de la difunta, no halló más que veinticinco rublos en papel, y empezó á gritar que era imposible, que una mujer que había estado sirviendo sesenta años seguidos á una familia rica, pasando todo por sus manos y viviendo, además, con gran economía, era indudable que había de dejar al morir una mayor herencia. Pero la realidad era como era.

Natalia estuvo enferma dos meses, y soportó sus dolores con una paciencia verdaderamente cristiana; no murmuraba, no se quejaba lo más mínimo, y solamente porque era su costumbre ni un solo punto dejaba de invocar á Dios. Una hora antes de morir se confesó con verdadera alegría y sosiego, fué comulgada y se le administró con su beneplácito la extremaunción.

Pidió humildemente perdón á toda la gente de la casa, por las ofensas que sin intención pudiese haberles hecho, y rogó al padre Vasili, su director espiritual, que nos dijese que no sabía cómo agradecer nos nuestras bondades y que la perdonásemos si por inadvertencia había causado el menor pesar á alguno de nosotros, «pero yo no fui nunca ladrona, y ni un cabello me he apropiado nunca de lo perteneciente á mis amos». Y era ésta, en realidad, la única buena condición que apreciaba en sí misma.

Se hizo poner el vestido y la cofia de antemano por ella preparados, apoyó el codo en la almohada y hasta el fin no cesó de hablar con el sacerdote, y recordando de pronto que nada dejaba á los pobres, tomó diez rublos y pidió que fuesen distribuidos entre los de la parroquia. Después hizo la señal de la cruz, se inclinó en el lecho y respirando por la última vez pronunció, con una alegre sonrisa, el santo nombre de Dios.

Dejaba la vida sin pesar ninguno, no temía á la muerte y la recibió como un bien. Con frecuencia se dice esto mismo, pero cuán pocas veces es totalmente verdad! Natalia Savichna podía no tener miedo de la muerte, pues moría con una fe inquebrantable y habiendo cumplido la ley del Evangelio: toda su vida fué amor puro, desinterés y sacrificio.

Qué digo? Si con creencias más elevadas su vida podía ser dirigida hacia un fin superior, hemos de estimar por eso menos aquella alma pura, verdaderamente digna de afecto y admiración?

Aquella mujer cumplió la obra mejor, la de mayor elevación en esta vida—murió sin miedo y sin añoranzas.

Conforme á su deseo, fué enterrada no lejos de la capilla expiatoria que se levantó sobre la tumba de mamá. El pequeño cuadrado, que invaden las ortigas, bajo el cual duerme su cuerpo, está rodeado por una verja pintada de negro, y al salir de la capilla no me olvido jamás de acercarme á aquel santo lugar y de inclinarme hasta el suelo.

A veces me detengo silenciosamente entre la capilla y la verja negra.

En mi alma se levantan entonces los más penosos recuerdos y me quedo pensando: la Providencia me habrá unido á estos dos seres nada más que para hacérmelos añorar eternamente?...

